

- mi bélica condición,
llévame mi inclinación
á los marciales extremos.
- DEIDAM. ¡Extraña cosa!, bordemos
en buena conversación,
divertirémos así.
Sacadnos los bastidores.
- (*Sacan dos bastidores de bordar.*)
- AQUILES. (*Ap.*) Dos balas fueran mejores;
ya llegó lo que temí.
- (*Siéntanse á la labor.*)
- DEIDAM. Sentaos, prima hermosa, aquí;
lo que el ingenio dibuja,
matice después la aguja.
- AQUILES. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿Hay afrenta igual?
Mejor que aguja y dedal
fuera la lanza en la cuja.
- DEIDAM. No os asentáis como dama.
- AQUILES. La culpa tienen los pies,
que no se doblan después
que toca parches la fama.
- DEIDAM. ¡Notable mujer!
- AQUILES. Quien ama,
poco, á la labor se aplica.
- DEIDAM. Esta banda, es cosa rica,
bordadla.
- AQUILES. Bordadla vos;
que yo no sé, vive Dios,
punto, labor ni vainica.
Mas, ¿qué esto?

ESCENA VI

Salen esgrimiendo con espadas negras un Maestro de esgrima y LISANDRO.—DICHOS.

- MAESTRO. De la lanza
bien las lecciones sabéis;
ahora ensayar podéis
lo que en la esgrima se alcanza.
- LISANDR. Para cortar una pica
rebatiendo el bote así.
¡Oh señoras, rinda aquí
las armas que Marte aplica
á las de vuestra belleza,
(*Suelta la espada negra, y vase el Maestro.*)
pues siempre fué vencedor
desnudo y ciego el amor (1)
- DEIDAM. Tan bien, Lisandro, parece
en un Príncipe la espada,
como la aguja ocupada
en la mujer que ennoblece.
Ejercitad vos, señor,
las armas y ejercitemos
las nuestras, y cumpliremos
nuestra profesión.
- LISANDR. Mejor
es que goce quien os ama
la ocasión que amor ofrece:
guerra la labor parece
no menos digna de fama
que la que Belona encierra;
en las telas que tegió

(1) Falta un verso.

Aragnes desafió
á la diosa de la guerra.
Señal de su semejanza,
de telas la aguja gusta,
y en la tela el valor justa
labrando hazañas la lanza.
De la celada es retrato
el dedal, y siendo así,
bien puedo aprender aquí
lo que entre las armas trato.
Labrad vos, que de rodillas
tomaré lección más bien.

(*Hinca la rodilla al lado de Deidamia.*)

- AQUILES. Nunca parecieron bien
espadas entre almohadillas.
Quitaos, Lisandro, de ahí,
ó si no quitaréos yo.
- LISANDR. ¿No amó Marte á Venus?
- AQUILES. No.
- LISANDR. Historias dicen que sí.
- AQUILES. Dejemos historias ya
y tened en más estima
las armas.
- DEIDAM. ¿Qué es esto, prima?
- AQUILES. Desprecio de ver que está
á los pies de un bastidor
una espada afeminada;
que estimo en más yo una espada
que á toda vuestra labor.
¿Vos sois hombre? Por los cielos,
que estoy... Dejad ese lado.
- LISANDR. ¿De esto os habéis alterado?
- AQUILES. Tengo razón, tengo celos.
- (*Sale un paje.*)

- PAJE. Gran señora...
- AQUILES. Tengo celos.
- DEIDAM. A ver lo que manda voy;
mientras que con él estoy
no sentiréis con tal dama
mi dilación, prima mía;
sustituíd vos por mí,
que al momento vuelvo aquí.
Mas mirad que no querría
formar celos de los dos,
que temo vuestra hermosura (*Vase.*)

ESCENA VII

Quédanse, AQUILES labrando y LISANDRO hinca la rodilla á su lado.

- AQUILES. Andad, que menos segura
estáis de mi prima vos.
- LISANDR. Agradecer debo á Apolo,
mi Nereida, esta ocasión,
pues terciando en mi pasión
con vos me ha dejado solo.
Antes que vuestra belleza
nuestra corte y reino honrase
y en ella á vistas sacase
milagros naturaleza,
amaba á Deidamia yo;
mas, en viéndoos, mis deseos
mejoraron los empleos
del alma que se os rindió.
Y si no es que presunciones

- mi amor loco desvanecen,
yo sé que me favorecen
vuestras imaginaciones;
pues los celos que mostráis
porque amo á Deidamia bella,
siendo vos mujer como ella,
¿quién duda que los formáis
por quererme bien á mí?
Y tan loco de esto estoy,
que el alma rendida os doy
olvidando desde aquí
de la Princesa hasta el nombre,
que mis dichas violentaba.
- AQUILES. (*Ap.*) ¿Esto Aquiles os faltaba?
¿A mí me enamora un hombre?
Á menos que esto vendremos;
basta que debo de ser
hermosa para mujer.
- LISAND. ¿Hay amores más blasfemos?
Queréis, Nereida divina,
admitir mi fe?
- AQUILES. (*Ap.*) ¡Oh, malhaya
el disfraz é infame saya
que me afrenta y afeminal!
- LISAND. Dadme una mano á besar
y en mi vida os daré celos.
- AQUILES. No puedo negarla.
- (*Dásela, y apriétale y da gritos Lisandro.*)
- LISAND. ¡Ay cielos!
soltad, ¿queréisme matar?
- AQUILES. No; más premiar el cuidado
de vuestro amor.
- LISAND. No apretéis
de esa suerte.
- AQUILES. ¿Qué queréis?
yo siempre quiero apretado.
Mas para que no seáis
mudable, cuando mi prima
por dueño suyo os estima,
y lecciones aprendáis
que os den nombre de valiente,
yo enseño de esta manera.
- (*Levántase y toma la espada de esgrima, y échale á espaldas arcos.*)
- LISAND. Señora, señora, espera.
- AQUILES. ¡Ah cobarde!
- LISAND. Mujer, tente.
- AQUILES. Mirad si me sé tener
de aquesta suerte mejor
que en corchos.
- LISAND. ¡Favor, favor,
que me mata esta mujer! (*Vase.*)

ESCENA VIII

Sale DEIDAMIA y vuélvese AQUILES á la labor.

- DEIDAM. ¿Qué es esto? ¿quién está dando
voces? ¿Quién alborotó
el Palacio, prima?
- AQUILES. Yo
- DEIDAM. aquí me he estado bordando.
- DEIDAM. ¿Qué es de Lisandro? ¿qué has hecho?
- AQUILES. ¿qué fué? [cho?
- DEIDAM. Que no ha sido nada;
ahí tomamos la espada

- los dos, y no es de provecho
lo que sabe por tu vida.
- DEIDAM. ¿Luego con él reñido has?
- AQUILES. Que no, prima; no fué más
de echar una ida y venida.
- DEIDAM. ¿Hay semejante mujer?
Pues ni has de esgrimir.
- AQUILES. ¿Qué quieres?
También ha habido mujeres
belicosas; iba á hacer
la naturaleza en mí
un varón, y arrepintióse,
hizo medio hombre y quedóse
lo que en mí faltaba, así
acabó lo que quedaba
en mujer.
- DEIDAM. Extraña estás.
- AQUILES. Como estaba hecho lo más
y el alma que me animaba
fué varonil, no te asombre
que corresponda á mi ser:
en la cara soy mujer
y en todo esotro soy hombre.
- DEIDAM. ¿Qué dices, prima? ¿qué es esto?
- AQUILES. Que, si me tienes amor,
sigas, Princesa, mi humor;
solas estamos, yo he puesto
los ojos en ti de suerte
que, como si varón fuera,
no sufro que otro te quiera,
porque mi vida es quererte.
Supón que no soy mujer,
sino un hombre que te adora,
ama, cela, riñe, llora,
podremos entretener
el tiempo así, y yo quedar
satisfecha en este empleo,
que extrañamente deseo
saber si sé enamorar.
Finge que mi dama eres
y yo tu galán.
- DEIDAM. ¡Quimera
donosal
- AQUILES. De esta manera
se entretienen las mujeres
cuando apetezen casarse,
engañando el gusto así
unas con otras; yo vi
muchas damas ensayarse
cuando niñas, que amor ciego
travesea á todas horas.
Los señores y señoras
llaman los niños á un juego
en que contentos imitan
lo que á sus padres oyeron
y en materia de amor vieron,
con que después facilitan
dificultades mayores
que trae consigo el recato.
Holguémonos así un rato,
que aun de burlas, los amores
entretienen, prima mía;
si esto me niegas, me enojo.
- DEIDAM. Alto, cúmplase un antojo
y acaba con tu porfía.
- AQUILES. ¿No tengo yo la apariencia
para un galán extremada?

DEIDAM. A lo menos, retratada miro en tu rostro y presencia la de un hombre cuya copia eres y me hechizó á mí no ha mucho.

AQUILES. ¡Oh! pues siendo así, saldrá la fiesta más propia. Veamos cómo se ensaya nuestro amor y mi ventura.

DEIDAM. ¿Yo, en fin, hago la figura de dama?

AQUILES. Sí.

DEIDAM. Vaya.

AQUILES. Vaya.

(Hace que sale del vestuario.)

En busca de un alma vengo que en un monte me robaron dos ojos que saltearon tesoros que en ella tengo; de sus descuidos me vengo si el vengarlos es llorar.

DEIDAM. Espera; ¿no has de tomar nombre de hombre?

AQUILES. Prima, sí.

AQUILES soy desde aquí.

DEIDAM. Vaya.

AQUILES. Vuelvo á comenzar.

En busca de un alma vengo que en un bosque me robaron dos ojos, en quien cifraron el sol que en el alma tengo; ¡oh qué albricias os prevengo si la vuelvo á hallar, amor! Sed vos su descubridor; pues siendo la luz efeto del fuego, no habrá secreto contra vuestro resplandor.

DEIDAM. En un bosque, cazadora, me dió caza una belleza que de la naturaleza, siendo efecto, es vencedora; en su ausencia el alma llora, y huyendo de ella la sigo: ¡ay doméstico enemigo! qué mal su remedio prueba quien huye amando, si lleva lo mismo que huye consigo.

AQUILES. ¡Prenda mfa!

DEIDAM. ¡Amado dueño!

AQUILES. No se huelga el que soñó que sus tesoros perdió viendo después falso el sueño, ni cuando restaura el dueño el primogénito huído, como yo restituído al sol que mis ojos ven, pues no se conoce el bien como después de perdido.

DEIDAM. No se regocija tanto el que en el naufragio llora si ve que el tiempo mejora y cesa el mortal espanto, ni el que tras la pena y llanto goza su gusto cumplido, como yo, dueño querido, hoy que mis dichas os ven,

pues no se conoce el bien como después de perdido.

AQUILES. ¿Que tal merezco escuchar? pero claveles que amparan jazmines que á amor separan, ¿qué han de brotar, sino azahar?

Bien pueden dioses gozar el néctar que consagrado su ser ha inmortalizado, que no iguala al que adquirí, ni hay tal néctar para mí como un favor sazonado.

DEIDAM. ¿Qué llegó la suerte impía, después de tantos suspiros á transformar por oiros mis penas en alegría?

Bien puede de su ambrosía gozar Jove regalado, que aunque inmortal, no ha igualado al que con vos adquirí, pues no hay gusto para mí como un amor sazonado.

AQUILES. ¿Hay tal contraposición de palabras y favores? Dioses, envidiad amores de tan sabrosa sazón; labios, gozad la ocasión de los cristales presentes; manos, de quien manan fuentes de eterna felicidad, mis labios comunicad y admirarán elocuentes.

Brazos en que amor procura depositar su consuelo, Zodiaco sois del cielo, ceñid orbes de hermosura; lengua que en tal coyuntura su intérprete el alma os llama, pedid lenguas á la fama porque en hipóboles sabios alma, brazos, lengua y labios celebren á quien os ama.

(Besó la mano.)

¡Ay nieve, que helada abrasas! ¡ay fuego, que ardiendo hielas! ¡ay mano, en fin, que consuelas cuando con flechas traspasas! Por la boca al alma pasas; y cuando mis penas locas envidian penas que tocas, todos mis miembros se holgaran, porque todos te besaran, hacerse (i) un Argos de bocas.

DEIDAM. Paso, prima, que parece que va esto de veras.

AQUILES. Pues, ¿luego esto de burlas es?

DEIDAM. ¿No jugábamos?

AQUILES. Ofrece amor, que entre juegos crece, nuevo fuego á mis quimeras; de burlas matarme esperas cuando de mi amor te burlas. Llegueme al fuego de burlas y heme abrasado de veras;

(i) Así en el original. Parece deber leerse «á sero»

¿mas di, prima, te pesara, ya que lo más hemos hecho, si mi amor te ha satisfecho, que en hombre me transformara?

DEIDAM. Que estás perdida repara; ¿eso, cómo puede ser?

AQUILES. ¿Júpiter no puede hacer que mi ser conforme al nombre? Tiresias fué primero hombre y después se vió mujer.

Haz cuenta, pues, que hombre soy.

DEIDAM. Esta es cuenta sin provecho.

AQUILES. ¿Te holgaras, di, di.

DEIDAM. Sospecho que en la ocasión en que estoy... déjame, prima.

AQUILES. Y si hoy fuera yo hombre generoso, ¿me admitieras por esposo?

DEIDAM. Como padre no tuviera, ó á Lisandro despidiera, mi amor fuera el venturoso. Pero ¿de qué ha de servir desvanecernos en esto?

Ya yo al juego fin he puesto.

AQUILES. Y yo tirano al vivir. En fin, ¿piensas admitir á Lisandro?

DEIDAM. Si los cielos quieren premiar sus desvelos, ¿qué he de hacer?

AQUILES. Pues oye ahora, verás que como enamora sabe Aquiles pedir celos.

(Hace que vuelve á salir.)

No creyera yo, Princesa, de tan generoso pecho y tan divina hermosura, que las mudanzas del tiempo tuvieran jurisdicción sobre vuestros pensamientos, hoy mudables y olvidados, ayer amantes y tiernos.

Yo soy hermana de Aquiles, y Aquiles es á quien dieron en un monte vuestros ojos vida y muerte en un sujeto. Contado me ha los amores que en una fuente pudieron retratar en vuestra cara engaños y fingimientos; retratos en agua, en fin, mudable y común espejo, que cuantos llegan imita en aire, acciones y cuerpo, y en apartándose de ella desaparece en el viento la imagen representada con todos lo mismo haciendo. Llega el hombre, el ave, el bruto, y con líquidos refljos los imita sin saber distinguir merecimientos; fuente es vuestra voluntad, pues con los mismos efectos sin hacer distinción a ma, imita y olvida luego.

Llegó mi hermano á adoraros, vióse en vuestros ojos bellos retratado y admitido, ¿quién creyera que tan presto como se ausentó borraran olvidos, en vos ligeros, copias que amor ingenioso creyó eternizar con fuego? No hacéis honrosa elección (porque el agua os presta ejemplos) entre Lisandro y Aquiles; siendo éste un héroe no quiero loárosle, que, en fin, es mi hermano, aunque compitiendo se permite el alabanza que alegue de su derecho; díganlo las fieras mismas que tantas veces sirvieron á sus brazos de despojos, á su valor de trofeos. Díganlo las inclemencias de un monte, pues no pudieron defraudar á su hermosura milagros que admira el cielo. Díganlo los dioses mismos, pues, encerrado en desiertos, á sus oráculos hacen de su valor pregoneros. Díganlo sabios y reyes y hasta el injuriado Griego que, sin más en su favor que en el que de tantos reinos vienen á vengar su agravio, pues sin Aquiles es cierto que no ha de ganarse Troya, según vaticina Delfos. Dilo tú misma, que absorta, en medio de un bosque espeso, la caza hiperbolizaste de quien ya haces menosprecio por Lisandro, por un hombre en quien, indigno de serlo, sacó una espada de esgrima á vistas su infamia y miedo; huyendo le eché de aquí. Mira en que defensa has puesto tu honra. Si como á Elena te roba Paris, soberbio, dirás que obedeces gustos de tu padre, rey severo, cuyo natural dominio te violenta á su respeto; pero engañaste, Deidamia, que sólo engendran los cuerpos los padres, las almas no, que Dios las infunde en ellos, y no siendo el hombre causa del alma, pues no es su efecto, no tiene jurisdicción sobre ella, si no es el cielo. Amor de la voluntad es acto, cuando es perfecto; la voluntad es potencia del alma, que es su sujeto. El padre no engendra al alma, pues la crían dioses, luego fuera estará del dominio

de tu padre; y según esto, no tienes obligación de sujetar á decretos humanos lo que al divino pertenece de derecho. Di tú que la ingratitud é inconstancia de tu pecho; el ser mujer semejanza del humo, la sombra, el viento, te han inclinado á Lisandro, y por parecerte á Venus, afeminados Adonis amas, no Martes de acero. Que siendo así, si á mi Aquiles no dan la muerte sus celos, pues he venido á tu Corte por dar á su amor remedio, él es tal y tal amante, que antes que lleren incendios los troyanos robadores asolará aqueste reino, dará la muerte á tu padre, pondrá á sus presidios fuego, vestirá de tocas viles á su opositor molesto. Y yo, que en fin soy su hermana, y ya como propias siento injurias de tus olvidos, pues obligarte no puedo, ministros de mi venganza hará el agua, el aire, el fuego, tierra, brutos, peces, aves, montes, prados, selvas, cielos, que á todos los injuria tu desprecio, pues aborreces lo que adoran ellos.

(Vase.)

DEIDAM. Oye, prima, escucha, aguarda. Piadosos dioses, ¿qué es esto? ¿Son estas veras ó burlas? ¿Es esto verdad ó juego? Juego no, que es muy pesado; verdad sí, que ha descubierto amores que solos sabe el monstruo elocuente y bello. Si fué Aquiles; si es su hermana la que por tantos rodeos segunda vez ha encendido amores ausentes muertos, ¿qué mucho que al uno adore y á la otra pague el ingenio, para Aquiles favorable y para mi amor discreto? Todo el mundo en su alabanza se hace lenguas, los supremos oráculos y los sabios, pues quien en plazas y templos en vida está deificado y solamente sujeto á mi amor, más poderoso que todos, pues que le ha preso. ¿Qué mucho que el vencedor vencido goce trofeos de un alma que ya le adora, de un corazón que le ofrezco? Perdóname mi padre el Rey y perdóneme...

(De dentro Aquiles.)

AQUILES. ¡Ay!
DEIDAM. ¿Qué es eso?
AQUILES. Tirana: tu ingratitud pide castigo á los cielos; tu desdén á Aquiles mata; más daños tu olvido ha hecho, pues tal capitán le quitas, que el torpe Troyano al griego desdeñado de ti el pecho donde indignamente vives.
DEIDAM. ¿Qué escucho? ¡Nereida! ¡ay cielos!
AQUILES. Abre esa puerta y verás espectáculos funestos de una fe menospreciada.
DEIDAM. Triste de mi, si eso es cierto; mas, ¡válgame Apolo santo! ¿quién eres, hombre sin seso? ¿qué desleal te dió ayuda? ¿Por dónde entraste aquí dentro?
(Tira una cortina y halla á Aquiles de hombre con calzas y jubón bizarro.)
AQUILES. Tu Aquiles soy, prenda cara.
DEIDAM. A tan grande atrevimiento castiguen desdén y voces.
AQUILES. Nereida soy, ten sosiego.
DEIDAM. Acaba, pues, de aclarar estos confusos misterios, que en sola tu cara miro dos rostros, uno y diversos. ¿Eres Nereida ó Aquiles?
AQUILES. Uno y otro, que no quiero con amorosos engaños tener tu temor suspenso; disculpen llamas de amor disfraces que han encubierto con peligro de mi fama el valor que en tanto tengo; y tú, agradecida y noble, paga servicios y excesos de quien su ser ha negado por dar á su amor sosiego; ¡Vive Dios, si eres ingrata...
DEIDAM. No acabes el juramento, que me vences atrevido y que me enamoras tierno. ¿Serás mi esposo?
AQUILES. Y tu esclavo.
DEIDAM. Si me olvidas...
AQUILES. ¿Cómo puedo?
DEIDAM. Mudándote.
AQUILES. Soy Aquiles.
DEIDAM. Eres hombre.
AQUILES. Y aun por eso.
DEIDAM. Búscate Grecia.
AQUILES. ¿Qué importa?
DEIDAM. Llevaráte.
AQUILES. No hayas miedo.
DEIDAM. Dejarásme.
AQUILES. Es imposible.
DEIDAM. Mataráme.
AQUILES. Forma ejemplo.
DEIDAM. Promete amor.
AQUILES. Es verdad.
DEIDAM. Nunca cumple.
AQUILES. El vil hace eso.
DEIDAM. Goza y huye.
AQUILES. El mal nacido.

DEIDAM. Jura y miente.
AQUILES. El lisonjero.
DEIDAM. ¿No lo eres tú?
AQUILES. Yo soy noble.
DEIDAM. Vendrá Ulises.
AQUILES. Sin efecto.
DEIDAM. Hallaráte.
AQUILES. No podrá.
DEIDAM. ¿Dónde estarás?
AQUILES. Encubierto.
DEIDAM. ¿Como hasta aquí?
AQUILES. Sí, mi bien.
DEIDAM. ¿Qué tanto?
AQUILES. Mide tú el tiempo.
DEIDAM. Mientras durare...
AQUILES. Mi vida.
DEIDAM. No, esta guerra.
AQUILES. Yo lo acepto.
DEIDAM. Largo plazo.
AQUILES. Por ti es corto.
DEIDAM. Jura.
AQUILES. Por tus ojos bellos.
DEIDAM. ¡Ay perjuro!
AQUILES. ¡Ay gloria mía!
DEIDAM. Tu esposa soy.
AQUILES. Di, mi cielo.
(Danse las manos.)
DEIDAM. Perdóname el Rey, que por Aquiles dejo á Lisandro.
AQUILES. ¡Ay mi bien!
DEIDAM. ¡Ay dulce dueño! (1)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LICOMEDES y LISANDRO.

LICOMED. ¿Con tantas quejas y prisa ayer, viendo que no os doy, Lisandro, á Deidamia, y hoy, con voluntad tan remisa me proponéis dilaciones de tan flaco entendimiento para vuestro casamiento? para vuestro casamiento?
LISANDR. La princesa da ocasiones, gran señor, para pedirnos que esta boda se dilate; no quiera el cielo que trate á costa de sus suspiros cosa de que ella no gusta. Después que á esta Corte vino Nereida, á lo que imagino, mi presencia le disgusta. Tibia me habla; no responde con el amor y deseo

(1) Así este pasaje, que quizá escribiría el autor:
DEIDAM. Perdóneme el Rey, que dejo por Aquiles á Lisandro.

AQUILES. ¡Ay, mi bien!
DEIDAM. ¡Ay, dulce dueño!

que antes; cuando la veo, por no encontrarme, se esconde. Todo su entretenimiento es estar sola con ella, y con la misma querella que yo, muestran sentimiento. Sus damas, pues, no hace caso, por Nereida, de ninguna; la más sabia es importuna; la más amiga, ni un paso con ella ha de dar que luego Nereida no se lo impida; llámala su bien, su vida; si no la ve no hay sosiego; ella la viste, la toca, la adorna, peina y regala en el estrado, en la sala; por manos, ojos y boca, muestra el corazón la llama en que Deidamia está presa, su lado ocupa en la mesa, su lado usurpa en la cama. Siempre abrazadas, por Dios, que me atormenta el recelo de verlas, sin ser del cielo, hechas Géminis las dos.
LICOMED. Es la Princesa su prima; la sangre y la discreción vínculos del amor son que más la amistad estima. Necia sospecha os abrasa.
LISANDR. Necia ó loca debe ser; mas de mujer á mujer muchas veces amor pasa de parentesco á...
LICOMED. Callad.
LISANDR. Yo sé algunas ha habido, gran señor, que se han querido á lo malicioso.
LICOMED. Andad, que lo estáis vos; prevenios, que os tiene de dar la mano mañana.
LISANDR. ¡Ay amor tirano! autor sois de desvarios; por Nereida pierdo el seso y de la Princesa estoy celoso; un sujeto soy de disparates.
LICOMED. ¿Qué es eso?

ESCENA II

Salen ULISES y DIOMEDES de mercaderes.—DICHOS.

ULISES. Yo, poderoso señor, soy un griego mercader, que, sin mucho encarecer de mi caudal el valor, tengo dentro de mi casa cuanto apetece la gente, pues no hay tesoro en Oriente que á mi poder no se pasa. No tiene púrpuras Tiro, ni exhala aromas Sabbá, ni telas la Persia da que en mis riquezas no miro.

Toda el Asia me tributa:
las minas con sus diamantes,
con marfil sus elefantes,
y el ámbar, que se disputa
si es sudor de la ballena
ó de alguna planta goma,
con ser el mayor aroma,
mi casa cada año llena.
En fin: cuanta perla fina
en sus pesquerías dan
las riberas de Ceylán,
y cuanta piedra examina
la experiencia y el valor
que sus quilates sublima,
no se tiene por de estima
no siendo yo su señor.
Como el mundo se alborota
con esta guerra que abrasa,
á Grecia y Europa pasa
contra el Asia, la paz rota
que tantos años duró,
huir su rigor procuro,
que con Marte no hay seguro
mercader, ni lo estoy yo.

Supe que este Rey, no sólo
estaba libre y exento
del general juramento
que sobre altares de Apolo
hizo Grecia, de vengar
la injuria del frigio amante,
la seguridad bastante
que en Vuestra Alteza he de hallar,
pues por el mundo la fama
vuela del Rey Licomedes,
sus favores y mercedes
que á los extranjeros llama;
y así, embarcando mi hacienda,
siendo vuestro amor mi norte,
vengo á ser en vuestra Corte
vecino, á fin que pretenda
otra ganancia mayor
de la que en serviros nuestro,
lo soy todo, gran señor.

LICOMED. A ocasión habéis venido
en que fuera de estimar
el que os vengáis á amparar
de mí; seréis recibido
con gusto, porque se casa
la Princesa, y le tendré,
que vuestra riqueza dé
nuevas joyas á mi casa;
muchas os pienso comprar.

ULISES. Serviráse Vuestra Alteza
de las de mayor riqueza;
y entre otras le quiero dar
una cautiva que canta
como un ángel, tan hermosa
como diestra.

LICOMED. Bella cosa.
DIOMED. En cara y en voz encanta.
LICOMED. Gustará Deidamia mucho
con ella, que es inclinada
á la música.

ULISES. Elevada
tengo el alma si la escucho,
y entre tanto que á palacio

las joyas de más valor
y curiosidad, señor,
me traen, quiero que despacio,
oyéndola Vuestra Alteza,
juzgue si es merecedora
de que sirva á mi señora
la Princesa.

LISANDR. En esta pieza
queda Deidamia.

LICOMED. Primero
que la vea gustaré
que la oiga.

ULISES. (Ap.) Hoy, cielos, sabré
industrioso lo que espero.
Traednos vos la cautiva.

DIOMED. Si como dicen está
aquí Aquiles, hoy saldrá
de donde no es bien que viva
tal valor afeminado.

LICOMED. Aquí viviréis seguro.
¿Cómo os llamáis?

ULISES. Palinuro

LICOMED. Entrad.

ULISES. Bien lo hemos trazado.

(Vanse.)

ESCENA III

Salen AQUILES, de mujer, y DEIDAMIA.

DEIDAM. ¡Sosiégate, por tus ojos!

AQUILES. Dame en ellos pesadumbre
de que su luz bella alumbre
á quien á mí me da enojos.
¿Por qué con vanos antojos
tiene de mirarse en ellos
Lisandro, si poseellos
solo Aquiles mereció,
y estando con vida yo
se ha de llamar dueño dellos?

DEIDAM. Si amor reciprocación
de las almas nos ha unido
y estás ya dueño querido
en la quieta posesión,
¿qué importa que en pretensión
te quiera hacer competencia
quien provoca tu impaciencia?
Pleitee perdidos bienes
y goza tú, pues que tienes
en tu favor la sentencia.

¡Ojalá yo no tuviera
más ocasión de temer
que te tengo de perder
y más segura viviera!

AQUILES. Pues ¿de qué temes?

DEIDAM. Te espera
Grecia contra Troya armada,
y mientras es deseada
la belleza, belleza es;
mas no es belleza después
que se goza, pues enfada.

AQUILES. Eso, cuando el apetito
satisfecho queda en calma;
no amor, potencia del alma,
que ese crece en infinito;
amarte más solícito
cuanto más llevo á gozar,
pues si es amor desear

AQUILES. ¡Qué enfadoso y triste tonol

DEIDAM. ¡Qué claro metal de voz!

AQUILES. Para mi voz de metal
es, pues me incita á furor.
¿No ves cómo reprehende
mi amujerado valor,
y en nombre ajeno me injuria
su tácita reprehensión?

DEIDAM. Anda, amores, que no es eso.

AQUILES. Pues ¿quién es la que cantó?

DEIDAM. Alguna de mis doncellas
que estará haciendo labor;
sosiégate, no te alteres,
que no en balde digo yo,
mi bien, que para dejarme
buscas cualquiera ocasión.
¿Negarásme esta verdad?

AQUILES. Para dejarte, eso no;

más para enojarme, sí.

DEIDAM. Para tenerte en prisión

he tejido yo estas trenzas.

AQUILES. Si por un cabello estoy
preso, esposa, en tu hermosura,
los demás superfluos son.

DEIDAM. Ya he acabado de tocarte
oigamos, mi bien, los dos,
lo que cantando prosigue
que me causa admiración.

(Echase Aquiles en las faldas de Deidamia y ella con el peine le pule los cabellos.)

(Canta.)

Voz. «¿De qué sirvieron los triunfos
del triforme Gerión,
del aborto de la tierra,
del vaquero robador;
si hazañas eternizando
después de tanto blasón,
en cobrando buena fama
á dormir os echáis hoy?
Júpiter es vuestro padre;
pero no sois su hijo vos,
pues degenera de serlo,
vuelto hombre vil, tal varón.
Peinad cabellos lascivos
que encrespados miré yo
asombrar la esfera eterna
que vuestro hombro sustentó.»

AQUILES. Ya no se puede sufrir
tanta afrenta, vive Dios,
que por mí lo dice todo,
viendo que sufriendo estoy
el vil peine en mis cabellos.
¡Afuera torpe afición;
vengad injurias cantadas
y volved, honra, por vos!

DEIDAM. Mi bien, ¿quieres sosegarte?
¿en eso estimas mi honor?
¿en eso tus juramentos?
¡Cielos, perjuro saliól
¡Aquiles, cielos, Aquiles,
de Deidamia violador,
rompe la fe que me ha dado;
mirad que satisfacción!

AQUILES. No des voces, prenda mía.

DEIDAM. Voces y querellas doy
al cielo de ti ofendido
á tu rota obligación;

sin que del término exceda,
cuanto más gozo me queda
en ti mucho más que amar.
Ya yo, mi bien, te he jurado,
mientras durare esta guerra,
guardar la prisión que encierra
la gloria que amor me ha dado;
si de mujer disfrazado
vengo esposa á poseer
lo que de hombre he de perder,
mujer mi dicha me nombre,
pues nunca he sido más hombre
que después que soy mujer.

DEIDAM. Pues si intentas parecerlo
y mi pena asegurar,
siéntate aquí, que peinar
quiero tu hermoso cabello.
(Siéntanse y peina y toca Deidamia á Aquiles.)

AQUILES. Tu amor oprime mi cuello;

obedecerte es forzoso.

DEIDAM. ¡Qué dilatado y hermoso!

AQUILES. Los griegos siempre criaron
largos cabellos.

DEIDAM. Causaron
con tal uso mi reposo,
pues si tú no los tuvieras
así, nunca me engañaras,
ni mujer ocasionaras
tus amorosas quimeras.

AQUILES. Pararon burlas en veras.

DEIDAM. Porque sueltos no me den
celos y á cuantos los ven
en tales lazos no vengas,
de ellos he de hacer dos trenzas,
que yo sé que te están bien.
Pon en mi falda el espejo
y mira en él los despojos
de tu cara.

AQUILES. Si en tus ojos
puedo verme, mal consejo
me das, por sus soles dejo
esa luna en que fingida
mi imagen miro esculpida,
pues en ti vive en su centro
mi amor.

DEIDAM. Cantando están dentro.
(Canta dentro una mujer.)

AQUILES. Oye, amores, por tu vida.
(Cantan.)

Voz. «En el regazo de Omphale
el Tebano vencedor
de aquellos doce trabajos
que le intitularon Dios,
afeminado infamaba
la piel del Nemeo león,
que por imperial trofeo
corona y se viste el sol.
La rueca en vez de la clava
que á Mercurio consagró,
poblada de infame lino
que hilaba torpe amador,
en traje vil de mujer
dicen que le halló Jason,
noble por su vellocino,
y de esta suerte le habló.»

yo, ingrato, me daré muerte á tus mismos ojos, yo...
 AQUILES. Basta, no haya más, no llores; preso en tus brazos estoy; cante ó no cante en mi ofensa quien mi pecho alborotó. Hércules hiló vestido de mujer, mas no perdió por eso la eterna fama que le da nombre de dios, ni yo perderé la mía si, como su imagen soy en el ánimo y esfuerzo, lo intento ser en su amor, pues los dioses autorizan mi amante transformación.

(Canta.)
 Voz. «No se ganan los blasones que de eterna fama son, entre afrentosos afeites que la sangre es su color. Echado en la áspera falda de un monte, durmiendo os vió despedazar entre sueños los tigres vuestro valor, mas no en las de una mujer que nunca se levantó de tan torpe y blanda cama, si no es enfermo el honor.

Al arma toca Marte, al arma amor; el uno es apetito, el otro dios. Al arma toca Marte, guerra, guerra, lo que el valor infama, el valor venza.»

(Tocan cajas y trompetas.)

DEIDAMIA.

Mi bien, espera, aguarda, que sale el Rey.

AQUILES.

¿No ves que toca al arma?

DEIDAMIA.

Sosiega que es fingido.

AQUILES.

Torpe afrenta, lo que el amor infama, el valor venza.

DEIDAM. ¿No te quieres sosegar?

AQUILES. ¡Ay, cielos! ¿en dónde estoy?

DEIDAM. Conmigo, tu esposa soy.

AQUILES. Déjame, amores, llevar del ímpetu belicoso de la música.

DEIDAM. ¡Maldiga el cielo la voz que obliga á perturbar mi reposol

Asegura mis temores que viene el Rey, ¡ay de mí!

AQUILES. ¿Cuándo saldremos de aquí, traje vil, torpes temores?

ESCENA IV

Salen LICOMEDES y LISANDRO, después ULISES y DIOMEDES. — DICHOS.

LICOMED. Notable voz.

LISAND. Peregrina.

LICOMED. Hija, de industria he querido que hayas la música oído sin verla. Hermosa sobrina, una esclava os he feriado, cuya suave destreza suspenda vuestra belleza.

AQUILES. Las dos la hemos escuchado y es digna de tal señor.

(Sale Diomedes.)

DIOMED. Ya están las joyas aquí,

(Sale Ulises.)

que mandas traer.

ULISES. (Aparte.) (Salí con astucias vencedor de engaños y de disfraces: la turbación de la cara de aquella mujer declara que, entre afeminadas paces, encubre lo que pretendo; el pecho le alborotó el bélico son que oyó; toda el alma le estoy viendo.) Gran señor, con tu licencia intenta ser liberal esta tarde mi caudal, pues estando en la presencia de estas bellezas, no es justo dejar de reconocer con tributos su poder. Elija paños el gusto de la Princesa y sus damas, que esta tienda á saco doy.

(Descorre una cortina y descúbrese una tienda de joyería con mucha riqueza, y á un lado un espejo grande, una rodela de acero y una lanza.)

LICOMED. Agradecido os estoy; plumas dais á muchas famas. Feriad joyas, hija mía; sobrina, joyas tomad, que el valor y cantidad pagaré yo.

ULISES. No sería dar, señor, las ferias yo, sino avariento vendellas; vuestras son el dueño y ellas; dadas, si; vendidas, no.

DEIDAM. Alto, pues, yo quiero hacer principio. Esta banda tomo, este anillo y este pomo. Prima, ¿dónde vas?

AQUILES. A ver, para verme en este espejo.

(Mirase en el espejo, y afrentase de verse mujer.)

DEIDAM. No te enamores de ti.

AQUILES. ¡Ay, cielos, mi imagen vi afrentada á su reflejo! ¡Qué bien mi infamia declara! Aquiles torpe, ¿qué hará todo el mundo cuando os da un cristal con él la cara? ¡Oh, quién pudiera arrancaros, rizos infames, sin ser conocido! No oso ver en desengaños tan claros mi vileza; una rodela

es aquella y una lanza.

ULISES. (Salió cierta mi esperanza, venció mi sutil cautela.) Este es Aquiles, Diomedes, de haberse visto en tal traje se afrenta.

AQUILES. ¿Con tal ultraje, blando amor, vencerme puedes?

(Embraza la rodela y vibra la lanza.)

Esta sí que es digna joya del valor de que estoy falto. ¡Toca al asalto, al asalto!

(Tocan á guerra dentro cajas y clarines. Aquiles, detrás todos.)

UNOS. ¡Viva Grecia!

OTROS. ¡Muera Troya!

AQUILES. Muera Troya y Grecia viva.

Aquiles soy, ¿qué teméis?

la victoria alcanzaréis.

¡Al asalto, arriba, arriba!

LICOMED. ¿Qué es esto mujer? Detente, perdió el seso.

LISAND. Muerto soy. (Vase.)

DEIDAM. Perdí todo mi bien hoy.

¿Qué has hecho esposo imprudente?

(Huyen todos.)

ESCENA V

Vuelven á salir LICOMEDES y ULISES.

LICOMED. Mujer loca, vuelve en ti.

ULISES. No es mujer, aunque merece del traje que le envilece, que le intitulen así.

Á Aquiles encubre aquí el disfraz de un torpe amor; mira el daño, gran señor, que á Grecia toda resulta, mientras con tocas oculta su victoria tu favor.

LICOMED. ¿Qué dices?

ULISES. Que el cielo saca de entre tímidas mujeres á Aquiles.

LICOMED. Y tú, ¿quién eres?

ULISES. Ulises soy, Rey de Itaca.

LICOMED. ¿Hay mayor traición?

ULISES. Aplaca

el justo enojo.

LICOMED. Matad

ese traidor.

ULISES. La beldad de la Princesa ha podido tener el héroe escondido más fuerte de nuestra edad.

ESCENA VI

Sale AQUILES vestido de hombre, la espada desnuda y la rodela, tendidos los cabellos; DEIDAMIA y DIOMEDES. — DICHOS.

AQUILES. ¿Quién ha de matarme á mí? Deidamia es esposa mía, el que estorbarlo porfia salga al campo si está en sí.

Ya con el traje rompí prisiones del amor tierno; tu yerno soy, juzga eterno el blasón de tu valor, pues no puede ser mayor que tenerme á mí por yerno.

ULISES. Ni más ilustre renombre que el que hoy mi industria ha adquirido, pues hoy te ha restituído [rido,

á tu primero ser de hombre. Ulises soy, no te asombre que á engaños venzan engaños; restaura pasados daños, mancebo ilustre, y no ocultes tus hazañas ni sepultes las primicias de tus años.

¿Será razón que consumas en regalos de Cupido de tu edad lo más florido y ganar fama presumas?

Ya corta la infamia plumas con que escriba á tu memoria satírica y torpe historia, y en los brazos de Deidamia eternizando tu infamia ciegue el camino á tu gloria. Grecia te aguarda, mancebo, y en ti funda su esperanza; profética es la venganza que en ti nos promete Febo;

como el águila te pruebo á los rayos de la fama que contra Troya te llama. Afréntete aquí escondido, Héctor de acero vestido y tú de cobarde dama. El Troyano robador desde los muros responde que el temor es quien te esconde en vil mujer, no el amor; pues ¿será bien que el temor blasone que te ha encerrado cobarde y afeminado entre basquiñas y galas,

por plazas de armas las salas, por el caballo el estrado, por los penachos las tocas, por los muros los tapices, que delicado matices seda que lascivo tocas? Todo el mundo se hace bocas contra ti.

AQUILES. No digas más, que si así en cara me das con infamia ya tan clara, te ha de salir á la cara y no sé si vivirás. Ya con el infame traje los afectos desnudé del torpe amor; ya olvidé de amor el blando lenguaje; yo satisfaceré mi ultraje de mi valor represado, cual río que violentado estrecha canal encierra: guárdese de mí la tierra, pues las presas han quebrado.

Inundará mi furor
á Troya, no en agua, en fuego,
vengaré el agravio griego;
Héctor sabrá mi valor.
¡Fuera liviano amor;
afuera prisión prolija,
Belona trofeos me erija,
y tú, Rey, guarda el decoro
á la Princesa que adoro
comó á mi esposa y tu hijal (*Vanse.*)
LICOMED. Si Aquiles me ha de dar nietos
de eterna fama, ya estoy
satisfecho.

DEIDAM. A llorar voy,
mudanzas, vuestros efetos.
Rompíó disfraz y secretos
el artificio y engaño:
¡Ay costoso desengaño,
nunca el Asia á Troya viera,
porque nunca padeciera
ella el castigo y yo el daño! (*Vase.*)

ESCENA VII

*Salen NISIRO y PELORO, soldados, y GARBÓN, sin
armas, graciosamente vestido.*

PELORO. En fin, para nuestra guerra,
¿te alistaste por soldado?

GARBÓN. En mi vida fuí quebrado,
ciclán sí; nací en la tierra,
que engendra, por ser tan fría
de cuando en cuando capones.

NISIRO. ¿Qué armas ó municiones
traes, pues?

GARBÓN. ¡Gentil boberial
Armado de aqueste modo
salga un gigante al encuentro.

PELORO. ¿Pues qué armas llevas?

GARBÓN. Van dentro
y son contra el mundo todo.
Contra enemigo casero,
mujer que gruñendo abraza
son armas, en yendo á casa,
entrar riñendo primero.
Contra celos, si excusallos
no puede ser, por no oílos,
traigo armas de no pedillos,
que es dar licencia de dallos.
Contra una suegra emperrada
doy cuñada á mi mujer,
porque tengan siempre que her
la suegra con la cuñada.
Contra el amor tengo ausencia;
contra desvergüenza, un palo;
contra flaqueza, regalo;
contra la muerte, paciencia.
Contra la pobreza, maña,
que la industria siempre medra;
á un testimonio, una piedra;
á un «vos mentís», una caña.
A la ambición, paja y heno;
á la pretensión, espuelas;
dos trampas á dos cautelas;
á la prosperidad, freno.
A amigo que pide, digo:
«Daros quiero y no emprestar;»

por no perder al cobrar
la deuda con el amigo.
Y por ahorrir de contienda,
sino el amigo el deudor,
sobre prendas doy mejor
cuando más vale la prenda.
Guardar dineros ajenos
es en mí cosa vedada,
porque dinero y cebada
á más contar se halla menos.
Contra injurias tengo olvido,
sólo no he podido hallar
armas que puedan bastar
contra un necio presumido.
Aunque huir su menosprecio
diz que es remedio gallardo,
y así las espaldas guardo
para la guerra y el necio.
NISIRO. Bien armado está el modorro.
GARBÓN. Con esto quito ocasiones.
que entre espadas y picones
cuando no corro, me corro.

ESCENA VIII

TEBANDRO, soldados y DEIDAMIA de hombre.

DEIDAM. Esto es hecho, ya yo estoy
en el griego campo; excusa
persuasiones.

TEBAND. De ellas usa
la fe con que te las doy;
que no sé si ha de llevar
bien tu esposo el verte aquí.

DEIDAM. ¿Hame llevado tras sí
el alma y no se ha de holgar
que el cuerpo sus pasos siga?

TEBAND. Primero que él has llegado.
DEIDAM. Celos las alas me han dado,
vuela amor, la ausencia instiga;
todo deseo es lijero
y toda ausencia pesada.

TEBAND. Entre tanta gente armada,
tanta lanza, tanto acero,
¿cómo has de hallarte?

DEIDAM. Mejor
que entre escuadras de desvelos,
entre ejércitos de celos
y entre muros de temor.
No tendré yo gusto igual
si á Aquiles mis ojos ven;
que en presencia, el mal es bien,
y en ausencia el bien es mal.
¡Bravos muros!

TEBAND. Son de Troya,
á quien el Asia obedece.

DEIDAM. ¡Brava gente los guarnece!

TEBAND. La honra es la mejor joya,
todos compiten por ella
en el campo y la muralla,
los unos por restauralla,
los otros por defendella.
Treguas gozan por diez días
los dos campos enemigos.

DEIDAM. En ellas serán testigos
de galas y bazarrias,

que saca la ostentación
para recibir mi esposo.
TEBAND. Con su venida orgulloso
está el griego.

DEIDAM. Y con razón.

TEBAND. Y el troyano, con mayor
ánimo, á lo que parece,
que en el noble pecho crece
á más riesgo más valor.

DEIDAM. Escucha, que llega ya
al campo el esposo mío.

TEBAND. Majestuoso señorío,
miedo y gusto á un tiempo da.

DEIDAM. Y las troyanas murallas
están de hermosuras llenas.

TEBAND. Si son damas sus almenas
suba amor á conquistallas.

DEIDAM. En fe de las treguas gozan
la paz que el derecho encierra.

TEBAND. ¿Treguas dices? Llama guerra
bellezas que almas destrozán.

DEIDAM. Lleguémonos á esta parte,
verémosle entrar mejor.

TEBAND. Con tal guarnición, amor,
no asaltaré Troya á Marte.

(*Música de chirimías.*)

ESCENA IX

*Salen á los muros POLICENA y CASANDRA, y otras
damas muy bizarras.*

POLICEN. ¡Qué gallarda ostentación,
si no fuera de enemigos!

CASANDR. El valor no desmerece
por esta causa, si es digno
de alabanza.

POLICEN. Ni yo quiero
disminuirle, aunque envidia
á los contrarios la gloria
que con él se han prometido.

CASANDR. Si es cierto lo que en carecen
oráculos y adivinos,
á Troya ha de conquistar.

POLICEN. ¡Qué soñados desatinos!
A Hércules le comparan
elogios ponderativos;
mas no es tan fuerte el león
como le pintan.

CASANDR. Vestido
de mujer, dice la fama,
que Ulises le halló, y colijo
por la causa los efectos
de este ensalzado prodigio.
POLICEN. Si amor, absoluto en todo,
y no el temor, como he oído,
le disfrazó, no me espanto
que es invencible, aunque niño.

ESCENA X

*Con cajas y trompetas marchando, ULISES, un page
de jineta y otro con una celada en una fuente, y
AQUILES armado con sombrero y bastón, todos
muy bizarras y GARBÓN.—DICHOS.*

CASANDR. Él tiene bizarro talle,
si al cuerpo conforma el brío

que muestra, dichosa Troya
á tenerle por caudillo.

POLICEN. No nos hace Aquiles falta
mientras Héctor esté vivo;
puesto que tras sí me lleva
el alma con el sentido.

GARBÓN. ¡Oh, Arquillas de mis entrañas,
no quepo de regocijo
por ambos dos carcañales
en somo de mis hocicos!
Garbón soy, ¿no me conoces?

AQUILES. ¡Oh, Garbón!

GARBÓN. Fuí vaquerizo;
mas dejelo por la guerra;
busquéte un mes, y aborrido
de no hallarte, di en soldado.

GARBÓN. Huélgome de haberte visto.

AQUILES. Esquilón llora por ti,
con ser viejo, como un niño.

AQUILES. Téngole en lugar de padre.

GARBÓN. Bravamente te han vestido.
¿Dónde compraste ese sayo,
que tan al justo te vino?

Ni tien costuras, ni pliegues,
pardiez, que está bien tejido;
de vidrio pensara que es,
si hubiera sastres de vidrio.

NICAND. Donoso está el ignorante.

GARBÓN. Si, cual dicen, has venido
á ser nuestro General,
también yo tengo mi oficio.

AQUILES. Y ¿cuál es?

GARBÓN. Cabo de escuadra
me ha de ser prometido.
El capitán que nos trujo
por un hecho peregrino
que me vió hacer en un pueblo,
y merece estar escrito
y aun guardarle en los archeros.

PALAM. Mentecato, en los archivos.

GARBÓN. Eso de chivos es pulla.

AQUILES. Es tan donoso y sencillo,
que el oírle me entretiene.

ULISES. Ya le conozco.

GARBÓN. Es mi amigo.

AQUILES. Hermosa coronación
de muros; si guarnecidas
de tales armas están,
¿quién no teme su presidio?

ULISES. La Princesa Policena,
de la hermosura prodigio,
es aquella con sus damas
que á verte entrar han salido;

treguas hay; si verla quieres,
acércate más.

AQUILES. ¡Divino,
milagro; belleza raral
Si tal tesoro conquisto
¡qué hazañas más bien premiadas!

De nuevo ánimo infundido
siento, Ulises, mi valor
con la hermosura que miro.

(*Hácele Policena señas con un lienzo.*)

ULISES. Señal te hace con un lienzo
para hablarte.

DEIDAM. Celos míos,
¿qué escucháis? ¿qué es lo que veis?

- ¿Ayer ausencia, hoy olvidos?
 CASAND. Escucha, que ya se acerca.
 AQUILES. Ardid debe de haber sido,
 puesto, señora, que nuevo,
 el mostrar al enemigo,
 en fe de que no le temen,
 los despojos más lucidos;
 y no sé si es discreción,
 que yo, después que os he visto,
 por la dicha del ganaros (1)
 pienso atropellar peligros.
 POLICEN. Si en fe de ser tan galán,
 Príncipe, lo que habéis dicho,
 es cortesía amorosa,
 á gozar hemos venido
 vuestra gallarda presencia;
 pero si habláis presumido,
 sabed que son cazadores
 nuestros troyanos invictos,
 y que os ponen el reclamo
 porque con él divertidos,
 os entendemos coger
 en las redes de Cupido.
 AQUILES. Poderoso estratagema;
 discreto y sutil arbitrio.
 Diera yo por verme preso
 en vuestros lazos divinos
 el alma, que ya no es mía;
 ya me parecen prolijos
 los términos de esta tregua,
 pues dilatar han podido
 conquista de estima tanta,
 y á poderla hacer suspiros,
 fueran de poco provecho
 máquinas, flechas y tiros.
 POLICEN. ¡Ay! si vos fuérades nuestro,
 diérais yo...
 CASAND. ¡Qué desvaríos,
 señora, el respeto ofenden
 á tu recato y juicio!
 POLICEN. ¿Qué he de hacer? No puedo más;
 aunque la lengua reprimo,
 es móvil primero el alma
 de las palabras que digo.
 DEIDAM. ¿Que esto escucho y no me vengo?
 Celos, ¿á esto hemos venido?
 TEBAND. ¡Señora!
 DEIDAM. Estoy por dar voces.
 ¡Ay, esposo fementido!
 ULISES. Despidete, que se acerca
 nuestro campo, que ha sabido
 nuestra venida, y el Rey
 sale á él á recibirnos.
 AQUILES. Despide tú, si es que puedes,
 la luz del sol; saca el Nilo
 de su madre; quita al fuego
 el calor, que es su principio,
 y será posible entonces
 despedirme del hechizo
 que he bebido por los ojos.
 Partiréme de mí mismo.

(1) Así en el original; pero Tirso habrá escrito «de ganarlos», pues habla de los despojos.

ESCENA XI

*Cajas y trompetas, SOLDADOS marchando, PATROCLIO,
 y detrás MENELAO, viejo, con bastón.—DICHOS.*

- AQUILES. Deme vuestra Majestad
 los pies.
 MENEL. Brazos apercibo
 para coronar los hombros
 en que ha de tener alivio
 el peso de mi venganza.
 Vos seáis tan bien venido
 como en Grecia deseado,
 gloria y sol de nuestro siglo.
 PATROCL. Abrazad vuestro Patroclo
 si os acordáis de él.
 AQUILES. ¡Oh, amigo!
 ¿cómo pueden olvidarse
 amistades desde niños?
 Juntos nos hemos criado;
 y ahora el veros estimo
 en lo que ganará Troya.
 PATROCL. Dándoos los brazos, confirmo
 de nuevo nuestra amistad.

ESCENA XII

Sobre los muros, Héctor armado.—DICHOS.

- HÉCTOR. Príncipe, que en vaticinios,
 profecías y esperanzas,
 si no mienten adivinos,
 conquistador os blasonan
 de nuestra ciudad, dominio
 del Asia, corte y cabeza
 del célebre reino frigio;
 después de daros alegre
 y cortés el bien venido,
 pues venciendo os esperamos
 fama que eternizan libros;
 para que no dilatéis
 los triunfos que prevenidos
 os tiene Grecia, fiada
 en vuestro valor invicto,
 con permisión de las treguas,
 cuerpo á cuerpo, os desafío
 para mañana.
 AQUILES. ¿Quién sois,
 confiado comedido,
 vos, que me desafiáis?
 HÉCTOR. Héctor, mayor de los hijos
 de Príamo, Rey troyano.
 AQUILES. Mostráis, Príncipe, cuán digno
 sois de la fama que os honra,
 y aceptando el desaffo
 os retorno parabienes
 que, por ser vuestros, estimo.
 (Echale un guante Héctor y otro Police-
 na, coge éste Deidamia y el otro Patroclo,
 y entrambos Aquiles.)
 HÉCTOR. Recibid, pues, ese guante.
 POLICEN. Y éste también, por ser mío,
 que si el de mi hermano os reta,
 ése os favorece.
 AQUILES. Admito
 el uno y el otro ufano.
 PATROCL. Estando Patroclo vivo,

- desafiado primero,
 mi derecho es más antiguo,
 y así este guante me toca.
 (Con banda al rostro, Deidamia.)
 DEIDAM. Y éste á mí, pues, ofendido,
 si para vos de favor,
 de guerra para mí ha sido.
 AQUILES. Suelta Patroclo, si intentas
 no ser de hoy más mi enemigo,
 suelta tú, si no pretendes
 dar á mis celos principio.
 PATROCL. Yo he de pelear con Héctor
 primero, Aquiles, que he sido
 primero desafiado.
 DEIDAM. Yo he de matarme contigo
 antes que el guante te dé.
 AQUILES. ¿Quién eres, hombre atrevido?
 DEIDAM. ¿Sabráslo si me buscares.
 AQUILES. ¿Dónde?
 DEIDAM. ¡Traidor, en ti mismo! (Vase.)
 AQUILES. Tenedle; ¿qué es esto, cielos?
 HÉCTOR. Si estás, Patroclo, ofendido,
 hagamos nuestra batalla
 luego los dos.
 PATROCL. Eso pido.
 HÉCTOR. Pues espera que ya bajo.
 ULISES. Dar fin á esta parte quiso
 nuestro autor; con la segunda
 mañana os convida Tirso.